

Misa por los fallecidos durante la pandemia: “Necesitamos de los demás y los demás nos necesitan”

El prelado del Opus Dei, Mons. Fernando Ocáriz, celebró la misa en la fiesta de san Josemaría en la iglesia prelaticia de Santa María de la Paz (Roma). Se rezó especialmente por los fallecidos durante la pandemia.

26/06/2020

“Los que participamos en esta Santa Misa –de modo presencial o a través de la red– nos unimos con cariño y oración a todo el sufrimiento del mundo, y nos encomendamos a los difuntos para que desde el Cielo –con san Josemaría, en el día de su fiesta– intercedan por todos nosotros”, dijo mons. Fernando Ocáriz durante la Eucaristía que tuvo lugar en Roma el 26 de junio, que este año se ofreció por los fallecidos durante la pandemia, por sus familiares y por todos los enfermos.

Debido a la crisis sanitaria, el prelado celebró la Misa en el altar donde está enterrado san Josemaría, en la Iglesia prelaticia de santa María de la Paz, a la que pudieron acceder 40 personas. Gracias a la retransmisión por internet, la

celebración fue seguida en directo desde países de todo el mundo.

“Nuestro recuerdo –dijo el prelado– se dirige especialmente hacia los países en que sigue más presente la pandemia. La comunión de los santos nos lleva a hacer propio lo que afecta a los demás, porque ‘si un miembro sufre, todos sufren con él’ (1 Cor 12,26).”

Junto al dolor, Mons. Ocariz recordó cómo en este tiempo, “estamos presenciado innumerables muestras de generosidad, de creatividad, de iniciativa y el trabajo abnegado de tantas personas, llegando incluso a arriesgar su propia vida: personal sanitario, fuerzas de seguridad, sacerdotes, voluntarios... También hemos conocido historias de padres y madres desviviéndose por sacar adelante cada hogar durante el confinamiento. Estos ejemplos de entrega nos han llevado a estar más

unidos, a ser más conscientes de que necesitamos de los demás y que los demás nos necesitan”.

La homilía completa puede leerse a continuación.

Homilía del prelado del Opus Dei en la fiesta de san Josemaría (26 junio 2020)

Hoy, en la fiesta litúrgica de san Josemaría, aquí junto a sus restos mortales, en la iglesia prelaticia de Santa María de la Paz, acudimos a su intercesión por todos los que están sufriendo las consecuencias del coronavirus, sobre todo por los difuntos y sus familias. Ahora, nuestro recuerdo se dirige especialmente hacia los países en que sigue más presente la pandemia. La comunión de los santos nos lleva a hacer propio lo que afecta a los

demás, porque “si un miembro sufre, todos sufren con él”. “En esta barca estamos todos”, dijo el Papa Francisco. Estamos “llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente”[1].

Las lecturas de la Misa de hoy nos recuerdan tres realidades, que san Josemaría llevaba muy en el corazón: la Eucaristía, el *omnia in bonum* (¡todo es para bien!) y el sentido de misión.

“El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28). Estas palabras, que leeremos en la antífona de comunión, resumen el caminar terreno de Jesús, que estuvo marcado por la entrega a los demás. “Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia” (1 P 2,24). Y este sacrificio se vuelve a

hacer presente en la santa Misa, donde Cristo se nos entrega totalmente. Él mismo se ofrece como alimento que nos sostiene, nos llena de su misericordia y de su amor, como lo hizo en el Calvario.

Durante los meses de confinamiento, estamos aprendiendo a valorar más la participación en el Sacrificio eucarístico. Muchas familias, en medio de esta difícil situación, la primera cosa que hacían cada día era seguir por televisión la santa Misa. De ese momento sacaban las fuerzas necesarias para afrontar la jornada y, a la vez, aumentaban su deseo de recibir al Señor sacramentalmente.

En estas circunstancias difíciles del mundo, de este mundo del que somos y al que amamos como creación de Dios, nos llenan de consuelo estas palabras que hemos leído en la segunda lectura y que san Josemaría meditó tantas veces:

“Habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abba, Padre!” (*Rm 8,15*). Sabernos hijas e hijos de un Dios que todo lo sabe y todo lo puede nos ha de dar una profunda alegría que es fruto del Espíritu Santo.

Esto no significa que no encontremos dificultades y sufrimiento. San Pablo termina así el texto que acabamos de leer: somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él” (*Rm 8,17*). Estas palabras nos ayudan a entender el sentido del dolor. Cuando algo nos hace sufrir, podemos unirnos al sacrificio de Jesús en la Cruz, con la esperanza puesta en la resurrección. Porque “lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido

mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito”[2].

La fe nos da la seguridad de que todo es para bien: *Omnia in bonum!*, le gustaba repetir a san Josemaría con palabras de san Pablo (cfr. *Rm* 8, 28). Sí, todo es para bien, aunque a veces cueste entender el bien que puede traer una situación como la que estamos atravesando. Pero lo cierto es que, en este tiempo, hemos presenciado innumerables muestras de generosidad, de creatividad, de iniciativa y el trabajo abnegado de tantas personas, llegando incluso a arriesgar su propia vida: personal sanitario, fuerzas de seguridad, sacerdotes, voluntarios... También hemos conocido historias de padres y madres desviviéndose por sacar adelante cada hogar durante el confinamiento. Estos ejemplos de entrega nos han llevado a estar más unidos, a ser más conscientes de que

necesitamos de los demás y que los demás nos necesitan.

En el Evangelio de hoy, leemos esta invitación de Jesús a Simón Pedro, que le impulsa a la misión: “Rema mar adentro, y echad las redes para pescar” (*Lc 5,4*). Estas mismas palabras nos las dirige también hoy a cada uno de nosotros: dejar a un lado la propia comodidad para salir al encuentro de los demás y transmitir la alegría del Evangelio, la alegría de una vida junto a Jesús, que ha dado su vida por amor a cada uno de nosotros.

Para lanzarse mar adentro, hace falta audacia, deseos de cambiar el mundo. Pero, por encima de todo, es necesario tener un corazón enamorado, dejar que Cristo sea el centro de nuestra vida, de modo que Él sea “el único motor de todas nuestras actividades”[3].

Después de la invitación de Jesús a remar mar adentro, leemos:

“Hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red” (*Lc*

5,6). Tampoco la eficacia

sobrenatural de nuestro trabajo depende de nuestras cualidades, sino de dejar obrar al Señor. “Cuando nos ponemos con generosidad a su servicio –explica el Papa Francisco–, Él obra grandes cosas en nosotros.

Así actúa con cada uno de nosotros: nos pide que lo acojamos en la barca de nuestra vida, para recomenzar con él a surcar un nuevo mar, que se revela cuajado de sorpresas”[4]. Este fue el ideal que inspiró la vida de san Josemaría. Sentía que “la Obra ha nacido para extender por todo el mundo el mensaje de amor y de paz, que el Señor nos ha legado”[5]. Ojalá nosotros sepamos también lanzarnos con esa misma confianza a todo lo que el Señor nos pida.

Los que participamos en esta Santa Misa –de modo presencial o a través de la red– nos unimos con cariño y oración a todo el sufrimiento del mundo, y nos encomendamos a los difuntos para que desde el Cielo –con san Josemaría, en el día de su fiesta– intercedan por todos nosotros.

Acudamos muy especialmente a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra. Ella, Consuelo de los afligidos, nos ayudará a ver, con los ojos de la fe, el amor de su Hijo en las dificultades que estamos atravesando. Ella, Estrella de la mañana, nos guiará por ese camino de amor y confianza en Dios.

(En italiano)

Mi rivolgo adesso a coloro che, in condizioni normali, avrebbero partecipato a questa celebrazione nella Basilica di Sant'Eugenio. Anche se in Italia abbiamo già superato il momento più critico della pandemia,

in altre parti del mondo continua l'isolamento, richiesto dagli effetti del coronavirus. Uniamoci ora nell'orazione per questi paesi, e nello stesso tempo preghiamo per tutti coloro che ci hanno lasciato nei mesi scorsi e per le loro famiglie.

È difficile capire perché Dio ha permesso questa situazione. San Paolo scrive che “tutto concorre al bene di coloro che amano Dio”, e san Josemaría lo riassume a modo di giaculatoria: *Omnia in bonum!* Tutto è per il bene! Da ogni contrarietà, Dio ricava un bene, come, probabilmente, abbiamo visto anche noi, in qualche modo, in questi mesi.

Nella festa di san Josemaría, accanto ai suoi resti mortali, possiamo ricorrere alla sua intercessione affinché ci aiuti a restare sempre molto uniti tra di noi e con tutti coloro che soffrono. Sosteniamoci gli uni gli altri per mezzo dell'orazione,

dell'affetto, del servizio disinteressato. Come diceva il Papa Francesco durante il momento straordinario di preghiera per la pandemia, siamo “tutti chiamati a remare insieme, tutti bisognosi di confortarci a vicenda. Su questa barca... ci siamo tutti”. Non dimentichiamoci di pregare per il Santo Padre e per il suo ministero nella Chiesa.

Così sia.

.....

[1] Francisco, Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia, 27-III-2020.

[2] Benedicto XVI, Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial del Enfermo, 11-II-2013.

[3] San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1289 (5.10.1935).

[4] Francisco, Ángelus, 10-II-2019.

[5] San Josemaría, *Carta 16-VII-1933*,
n. 3.

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
dev.opusdei.org/es-cr/article/homilia-
fiesta-san-josemaria-26-junio-2020/](https://dev.opusdei.org/es-cr/article/homilia-fiesta-san-josemaria-26-junio-2020/)
(05/08/2025)